

LITERATURA

Experiencia

FLAMENCO (CLAVE DE SUEÑO)

Por Erwin Walter Palm.

Habíase ocultado entre ellos. Sin ninguna duda: la habían acogido. Sus cuerpos en el horizonte eran como espuma. Confundidas arena y agua. Sin frontera. El rosado mito de sus piernas quebrábase en el agua poco profunda de la laguna. Doquiera los espejos del paisaje abrían falsas salidas.

Titubeé. El aire centelleaba de sal. ¿Quién era la que se había agazapado en aquella densa morbidez? Los flamencos descansaban inmóviles. Incluso cuando me acerqué más a ellos. Tenía ya los pies en el agua. Y palpé su plumaje. Era un desasimismiento profundo. Y sin embargo no olvidé: la buscaba. Iba como entre nubes. Pero sin penetrarlas. De repente me ví. Como el paje que sueña con la reina pasaba la mano sobre sus piernas (dejábase acariciar, vestida toda ella de un traje de malla gris). Y sabiendo yo que yo no estaba allí. Pero ella cedió. Abriéronse, no sé donde, las plumas. Sonreía.

Cuando me desperté, no hablaba. Sólo una franja rosada alrededor de su tobillo recordaba la persecución. Su existencia no podía asegurarse ciertamente. Tal vez su presencia quebraría. Pero el cuarto estaba lleno de ella. Me levanté. Siguió a mi lado. Pasaban los días, y allí estaba. Siempre muda. Como una prontitud, sin el escape de las horas.

Comprendía cada seña. Cada palabra no pronunciada. Tuve temor a cada movimiento. Su docilidad, la falta de resistencia era insufrible. Y yo estaba tan solo que no quería perderla. Pero hubiera deseado que algo me la impidiese. Que algo se levantase entre nosotros, protegiéndome.

Pasé mucho tiempo sin dormir. Días y noches íbanse vacíos. Me encontraba ya incapaz de soportar más su cercanía. Pero seguía por doquier. Intenté engañarla. Pero se estrechaba contra mí. Conocía cada decisión. Y la prevenía. Y era bella y suave. No podía matarla.

Al fin el sueño entró en mí. Como la lluvia. O como raíces a través de una bóveda. Nada pude hacer. Ví claramente que había perdido.

Ella iba delante de mí. Por otro camino. Sobre el hueco sonido cristalino de un blanco suelo. Andábamos a través de valles de sal. Desgastadas gradas bajaban. Y allí estaba el lago. Esperaban los mismos flamencos. Les íbamos al encuentro. Y comprendí que estaban vacíos.

Sentí cómo me invadía el deseo de envolverme en ellos. Emanaba de ella. Incesantemente. Ahora sabía que la amaba. La curva mórbida de los cuellos era como una aquiescencia. Aún busqué su ternura. Pero esquivóse. Del otro lado, en derredor de su cuerpo resplandeciente cerrábase un movimiento imperceptible. Por vez primera oí su voz. Ya lejos. Detrás de todo pensamiento. Densa y dulce. Desde la intransibilidad de la materia. Resistí, y me desperté. Lloraba